

Reflections of my life (The Marmalade)

A Peter Fechter, 18 años, obrero, primera persona abatida a tiros en el Muro de Berlín, el 17 de agosto 1962, y a Chris Gueffroy, de 20 años, mesero de restaurant, última persona en ser abatida en el Muro de Berlín por guardias germano-orientales, 6 de febrero de 1989.

Queridas amigas, queridos amigos: Cuando uno termina una novela y la entrega al público, sabe una sola cosa: Lo que había que decir, está dicho o no se dijo, y ya no hay nada más que hacer. Ya no existe la posibilidad de agregar o quitar algo a ese mundo que es una obra literaria. A partir de este momento, la obra ya no es mía, no está sujeta a mis deseos, a mi facultad de modificar palabras, frases, párrafos o capítulos. Hay, por lo tanto, algo dramáticamente definitivo e implacable en toda presentación de novela.

DETRÁS DEL MURO es la continuación de NUESTROS AÑOS VERDE OLIVO. Y, al igual que NUESTROS AÑOS VERDE OLIVO, es una memoria novelada, es una novela de mi memoria imprecisa. Esta es mi versión de la historia, lo que recuerdo, y ojalá esta versión de lo que viví como uno de miles de chilenos que marcharon al exilio obligado o voluntario, estimule el surgimiento de otros recuerdos, de otras voces, de otras versiones sobre lo que narro. En esta materia no hay historia oficial. Consciente de que la adicción a la memoria puede paralizar a un país, y la adicción a las utopías puede hacerlo encallar en los roquedales de la realidad, la adicción al presente puede extraviarlo en su ruta. Por eso, DETRÁS DEL MURO habla del pasado desde la perspectiva del presente, pero sin ignorar la actual discusión de futuro en Chile.

En este día en que reaparece como narrador ese joven chileno idealista y sin nombre, que en su adolescencia creyó en el comunismo y tras conocerlo, se apartó radicalmente de él, que entonces *Reflections of my life*, de *The Marmalade*, deseo evocar con gratitud y nostalgia a algunas personas: A los amigos cubanos que me abrieron los ojos con respecto a una dictadura totalitaria que en 1974, cuando llevaba apenas 15 años, ya les resultaba eterna, y que este año cumplió 55 años. Recuerdo especialmente a aquellos que nacieron, maduraron y murieron sin conocer la libertad ni la democracia.

Pienso en grandes amigos. Como en el poeta Heberto Padilla, que sufrió la represión del castrismo por un par de poemas críticos y murió en el exilio, añorando retornar a su patria. Pienso en Armando Suárez del Villar Fernández-Cavada, intelectual y director de teatro, que se vio obligado a renegar de su clase y fue internado en un campo de concentración UMAP por su condición de gay. Armando falleció hace poco en La Habana sin haber conocido la sociedad libre y democrática. Pienso en los cubanos que, habiéndome aleccionado sobre el totalitarismo, siguen en Cuba porque confían en que en algún momento su patria será libre. Rindo homenaje a los que, en la isla o en el más allá, no conocen / no conocieron la libertad.

Y pienso también en los compatriotas chilenos que, enarbolando las banderas de la democracia y los derechos humanos, justifican los 55 años de partido único y aplauden a los hermanos que por más tiempo han gobernado en la historia del planeta, y pienso también en los compatriotas que optaron por guardar silencio, en esos que miran hacia otra parte mientras en los jardines de su utopía rechinan los instrumentos de la tortura, o en el Caribe infestado de tiburones naufragan los que huyen de su socialismo, y pienso también en los políticos nuestros que este año felicitaron con voz trémula por la emoción a los hermanos Castro por ejercer el poder en la isla desde 1959.

En este día en que presentamos DETRÁS DEL MURO, pienso también en mis amigos de la desaparecida DDR que, en la confianza que fuimos tejiendo en los nevados crepúsculos invernales de Berlín Este, posibilitada por el idioma alemán que aprendí en el colegio alemán de Valparaíso, compartieron conmigo con delicadeza y sin reproches su tormento de tener que vivir hasta los 65 años detrás de ese tétrico Muro de mi utopía juvenil. Mis ideales comunistas de juventud me motivaban y enorgullecían a comienzos de los 70, a ellos, sin embargo, les pasaron la cuenta en la vida real: vivieron hasta el 9 de noviembre de 1989 sin libertad, sin democracia, sin derecho a cruzar la frontera que estaba en la otra esquina de Berlín.

A ellos les expreso desde la distancia mi admiración por haber soportado 40 años de DDR y por haber integrado ese movimiento telúrico silencioso que un día inundó las calles y derribó el Muro sin disparar un tiro. A ellos les expreso mi gratitud por haberme acogido con nobleza y generosidad, sin haberme reprochado jamás el vivir durante décadas la pesadilla de mis sueños devenidos realidad. Como diría Silvio Rodríguez, "Soy feliz, soy un hombre feliz y quiero que me perdonen por este día los muertos de mi felicidad". Ellos me hicieron ver el drama que este joven de veinte años no había visto: vivir encerrados en una región de Europa, donde de 1933 a 1945 gobernó el nacional-socialismo, y de 1945 a 1989 el comunismo, los totalitarismos del siglo XX. Repito: desde 1933 a 1989: 56 años sin democracia. Una eternidad. ¿Verdad? Una eternidad similar a la del comunismo Cuba, que tal vez en 2015 conmemorará 56 años de régimen unipartidista de los hermanos Castro.

Pienso también en los miles de chilenos que se exiliaron en la DDR, que disfrutaron su solidaridad y generosidad, todo ello fruto del sacrificio y el esfuerzo de su gente oprimida y encerrada, pienso en esos chilenos que sin embargo nunca –ni entonces desde dentro, ni hoy desde fuera- solidarizaron con la ausencia de libertad de sus vecinos alemanes orientales ni exigieron para ellos los mismos derechos que demandaban para los chilenos que vivían bajo Pinochet. Pienso ahora en esos chilenos que justificaron el Muro o que simplemente prefirieron no verlo, que han optado por la amnesia y el olvido, por afirmar que no supieron que vivían en una dictadura, que reducen ahora su recuerdo del totalitarismo a una admiración por "la prodigiosa memoria de Fidel" o a la gratuidad de los jardines infantiles de la DDR, del mismo

modo que los nazifascistas incorregibles celebran hoy a Mussolini por su carisma histriónico o alaban a Adolfo Hitler por la calidad de las autopistas que construyó.

¿Por qué publico ahora DETRÁS DEL MURO? En cierta forma, ignoro por qué surgió ahora precisamente, porque una novela no se construye como un puente. Tiene muy poco de voluntarismo y carta GANTT, si me permiten decirlo así. Hay situaciones objetivas y estados de ánimo inmanejables que interfieren, obstaculizan o postergan la escritura de una novela. Sí estaba convencido de que un día iba a tener que cerrar el ciclo abierto con NUESTROS AÑOS VERDE OLIVO, lo que no sabía era cuándo. Reconozco que en un momento me convencí que si no me proponía terminar DETRÁS DEL MURO antes de la celebración del 25 aniversario de la caída del Muro, tal vez no lo iba a terminar nunca, y contribuiría así al espeso silencio que flota en esa parte de la historia reciente, que también tuvo una dimensión chilena.

Siento además que la reflexión sobre el fin del totalitarismo comunista, que se basa en el estatismo económico, la descalificación del opositor y una vanguardia que representa supuestamente a todo el pueblo, sigue mostrando un gigantesco déficit en nuestro país. En un país donde vuelve a idealizarse el estado como panacea para todos los males, como la herramienta idónea para imponer la justicia, la igualdad, la democracia, el desarrollo y la prosperidad, es bueno recordar qué aportó en términos concretos a la humanidad la expresión más pura del estatismo y monopartidismo. El socialismo, como expresión máxima del estatismo fracasó hace 25 años de manera estrepitosa. No debemos olvidarlo, y es importante que los jóvenes lo sepan. Los países deben vivir atentos al presente y con la vista puesta en su futuro, pero también deben saber aprovechar el pasado para extraer lecciones de él. El año pasado Chile tuvo un reencuentro doloroso y necesario con parte de su historia reciente. Esta novela invita a algo similar y a reflexionar sobre la condición humana y el socialismo real e intenta retratar al ser humano como profundamente enigmático, libre e irreductible a esquemas. Porque en DETRÁS DEL MURO las preguntas tal vez son dos: ¿Por qué las personas se rebelaron y eliminaron un estado que, para un importante sector de la izquierda chilena, entregaba todo lo necesario a sus ciudadanos? Y la otra pregunta: ¿por qué esa misma izquierda calló entonces y guarda hoy silencio frente a uno de los dos totalitarismos que marcaron el siglo XX?

Lo concedo: No fue fácil escribir NUESTROS AÑOS VERDE OLIVO y DETRÁS DEL MURO. No es fácil escarbar en la memoria de una etapa que en lo personal fue dolorosa, riesgosa y azarosa. Escribir es recordar y recordar es revivir, y ese revivir es hurgar en una herida vieja. Duro y triste fue descubrir con 23 años que la utopía por la cual estaba dispuesto a dar la vida o a matar con 17 o 22, era un callejón sin salida, una pesadilla, un infierno, y no entregaba ni libertad, ni democracia, ni prosperidad. Y más doloroso era desprenderse del dogma marxista-leninista que cargaba conmigo, articulado por párrafos y predicciones de Marx, Engels, Stalin y Lenin, y si queremos agregar: Castro, pero el Castro Comandante en Jefe, no el Castro General

de División. (Traigo a colación esta diferencia sobre todo para la izquierda enemiga de regímenes militares). ¿Cuánto duele despojarse del dogma que ofrecía esquemas y consignas para interpretar el pasado, analizar el presente y proyectar un futuro, donde el mundo, liderado por la inmortal Unión Soviética y el campo socialista, alcanzaría el paraíso?

¿Por qué no extrajimos como país las lecciones de lo que significó el fin de los socialismos reales? Supongo que se debe a que cuando cae el Muro de Berlín, Chile estaba viviendo el fin de la dictadura de Augusto Pinochet. Nuestro análisis como nación se centró entonces principalmente en nuestro proceso político interno, pero el fin del comunismo quedó fuera del enfoque como reflexión, lección y aprendizaje, como contribución a la convivencia democrática, como aporte moderador para los políticos radicales y como una dimensión cívica para las nuevas generaciones.

Aprendimos a valorar cómo se reconquista la libertad desde una dictadura latinoamericana sui géneris, desde luego, por las bases económicas que estableció, pero no aprendimos nada de la conquista de la libertad bajo las dictaduras comunistas, cuyo núcleo estatista y populista, inspira aun hoy a líderes de izquierda, el parlamento y el gobierno de Chile. Es decir, no cumplimos la tarea en términos holísticos. Aun no coincidimos como chilenos en la necesidad de rechazar con la mente y el corazón las dictaduras sin importar su color, sean de derecha o izquierda. Y hoy esto nos pasa la cuenta: como sociedad recordamos y valoramos la recuperación de la democracia en Chile, pero miramos con distancia, e incluso indiferencia, lo que ha sido la mayor epopeya de libertad del mundo desde 1945: la liberación pacífica de los europeos del totalitarismo comunista en 1989. El reconocimiento de ambas batallas por la libertad nos ayudaría, supongo, a encontrarnos como chilenos en un marco ético superior y a buscar caminos de futuro realmente integradores en todo sentido.

Por último, escribí este libro porque el Muro de Berlín, como ya lo afirmé en el vigésimo aniversario de su caída, es también un Muro chileno. Chileno porque somos en parte cómplices de él. No tiene cemento ni fierros chilenos, y supongo que ningún chileno disparó sobre las cerca de 200 personas que murieron tratando de escapar o apresó a uno de los miles que fracasaron en el intento de huir, pero es un Muro chileno porque, viviendo allí, el exilio chileno o, al menos, los partidos de la izquierda chilena, lo justificaron, defendieron o bien –hasta el día de hoy- guardaron silencio, eludieron el tema o celebran hoy las bondades de un sistema supuestamente ideal que necesitaba de Muro, alambradas, campos minados, perros adiestrados y 13.000 soldados para que nadie escapara de él.

Me gustaría invitar a la izquierda que simpatiza o simpatizó de alguna forma con el totalitarismo a mirarse en el espejo y, tras posar la mano en el pecho, a reflexionar sobre el carácter brutal, antihumano y antidemocrático de esa utopía socialista fracasada. Los llamo a expresar públicamente que nada –ni la utopía redentora que proyectan- justifica la violación de

derechos humanos. Pero hago este llamado sin retórica, convencido de que una reflexión pública de ese tipo en el marco de los 25 años del fin del socialismo real puede contribuir a articular un país con menos odiosidades. Sueño con que en Chile convengamos de una vez por todas en algo: ni una doctrina de seguridad nacional ni la misión histórica de la clase obrera con su vanguardia revolucionaria, justifican la violación de derechos humanos en ningún país. Ni en Chile, ni en Cuba, ni en Venezuela, ni en Corea del Norte. No existen dictaduras deleznable y dictaduras justificables. Todas merecen nuestro repudio y condena.

Aquí dejo, pues, DETRÁS DEL MURO al alcance de todos ustedes, extrañando la falta de novelas o memorias escritas desde la perspectiva de quienes justificaron el Muro o guardaron silencio frente a él mientras vivían en la DDR, o que guardan silencio incluso ahora, cuando ese país ya no existe y somos libres para expresar sin temor lo que pensamos. Intuyo que DETRÁS DEL MURO navegará durante años como nave solitaria, o con escasa compañía, como le ocurrió a NUESTROS AÑOS VERDE OLIVO. Sé que navegará sin otra embarcación de la memoria que desee recordar con espíritu apologético, neutral o levemente crítico los decenios del socialismo real. No me hago ilusiones: en lugar de la palabra y la letra, reinarán tal vez el silencio, la indiferencia, la cobardía cívica. Ojalá me equivoque.

Pero sé también cuál crítica espera a DETRÁS DEL MURO: la de quienes hablarán del escritor “malagradecido” porque tienen un concepto canino del ser humano y creen que la persona que recibe un puesto de trabajo, acceso a una escuela, a una atención médica o a un techo del estado totalitario le debe fidelidad eterna a él y sus líderes. Vendrán también quienes acusen de traidor al autor por haberse apartado, horrorizado, a los 23 años de edad, de una causa política que abrazó con la inexperiencia y el idealismo de los 17. Vendrá asimismo la crítica de los que dirán que el autor es un oportunista vendido a los poderosos, y al hacerlo omitirán decir que renuncié en 1976 a la JJCC en La Habana, Cuba, sin temer las desventajas y riesgos que la decisión implicaba. Y vendrán también quienes digan que es un libro que habla de una etapa remota porque han pasado 25 años desde los sucesos. Lo afirmarán los mismos que el 2013 hablaban de 1973 como si hubiese ocurrido ayer.

Y vendrán también los que aduzcan que el libro está mal escrito. Y a ellos les respondo desde ya: tal vez es cierto: Mi libro no está escrito con la perfección con que los cubanos calafatean las balsas con que se echan al Mar Caribe infestado de tiburones para escapar del socialismo y alcanzar la libertad; ni exhibe el talento con que los alemanes orientales cosían partes de globos para cruzar por el aire la franja de la muerte, ni muestra la maestría con que construyeron fondos falsos en autos para pasar a Occidente a un amigo o un familiar. Y tendrán razón en algo más: mi libro tampoco tiene la delicada belleza de las coronas de flores que recuerdan hoy, en el centro de Berlín, a los centenares de personas –jóvenes como los alumnos

de nuestras universidades- que fueron acibillados tratando de atravesar el Muro que también fue chileno.